

Capítulo VII

De la segunda salida del arrojado investigador Frank Stain, acompañado por vez primera por su asistente Bartolo Andorga

CUANDO BARTOLO REGRESÓ al cabo de un rato al piso de Frank, este leía el *Babelia* del día anterior hundido en el sillón frente al televisor apagado. Los surcos labrados en la frente denotaban el esfuerzo hercúleo que el detective estaba realizando en la lectura de la reseña del libro *Estructuralismo y poesía de la experiencia: El yo estructurante del sistema poético de Anacleto Lombardi*.

Frank se había puesto el uniforme de faena: traje oscuro, gabardina y borsalino. Dos lentos goterones de sudor se deslizaban patillas abajo, no se sabe si por mor del estructuralismo de Anacleto Lombardi o de los cuarenta y cinco grados a la sombra que entraban inmisericordes en el salón por el ventanal de la terraza abierto de par en par.

—*Hefe*, ¿de verdad se tiene que poner el sombrerito y la gabardina con la que está cayendo? Da fatiguita verlo.

Frank hizo caso omiso al comentario de su asistente y le tendió las llaves del 1500, que unos minutos más tarde salía como un animal prehistórico desde la oscuridad del garaje al sol despiadado de la mañana agosteña. Las calles estaban desiertas, como si hubiese caído una bomba de neutrones.

—¿Adónde vamos, *hefe*?

—A Morón de la Frontera.

—¿A Morón? ¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Morón?

—He hablado con mis contactos y parece que allí podemos encontrar alguno de esos parques eólicos fantasmas que están cobrando primas sin funcionar todavía.

El 1500 cruzó la rotonda al final de la avenida Luis Montoto, presidida por una colosal bandera andaluza, que había sustituido el azul radiante del cielo estival por un psicodélico blanquiverde, y enfiló hacia las afueras de la ciudad. Un gran panel publicitario (*¡Andalucía imparable! - Junta de Andalucía*) les saludó a la entrada de la autovía del 92.

La temperatura dentro del coche, sin aire acondicionado, se acercaba a niveles incompatibles con las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud. Frank sudaba pero se mantenía flemático, abducido por la lectura de un

artículo de la revista *Apicius* sobre *La revolución molecular en el mundo de la tapa andaluza*.

—*Hefe*, cuando lleguemos a Morón, nos van a tener que recoger del asiento con una bayetita. Aquí hace más *caló* que robando vacas.

—¿Tú cocinas, Bartolo?

—¿Yo? Ni un huevo frito.

—¿Y no podrías tomar unas clases para prepararme platos interesantes, como Biscuter a Pepe Carvalho?

—¡Ni lo sueñe, *hefe*! Mi contrato es de asistente, no de cocinero. Si quiere, le digo a mi Mari que de vez en cuando le prepare un táper, que Arguiñano es moco de pavo al lado de mi señora. Y ya que estamos, yo creo que mi puesto debería llamarse «investigador junior», ¿no le parece? Le da como más categoría a la cosa...

—Vamos a dejarlo...

—¡Pero qué más le da a usted! ¡No me sea sieso!

Frank hizo un gesto de impotencia.

—Vale, hijo, como quieras... Investigador junior.

A su velocidad punta (90 km/h) el 1500 temblaba como una cápsula espacial regresando a la atmósfera. Bartolo se vio obligado a no rebasar los 70/80 km/h. Los coches que les adelantaban o que venían en dirección contraria formaban un jolgorio de pitidos y voces al cruzarse con aquel dinosaurio. Algunos bajaban la ventanilla y ralentizaban la marcha.

—¡*Quillo*, los de *Cuéntame*!

—¡*Shavá*, ponte un ventiladorcito, porque te va a dar un aire!

—¡Hasta luego, Fernando Alonso!

Bartolo optó por subir el cristal y se sacó del bolsillo una cinta que colocó en el radiocasete, casi de la misma quinta que el coche.

—Yo siempre voy *preparaao*, *hefe*. Al comienzo de un viaje, después de rezarle a san Cristóbal, pongo a mi Perlita de Huelva.

Los compases del *Amigo conductor* convirtieron definitivamente el 1500 en una máquina del tiempo. El investigador junior cantaba emocionado a dúo con Perlita:

Precaución, amigo conductor.
La senda es peligrosa,
Y te espera tu madre o esposa
Para darte su abrazo de amor.
Precaución, amigo conductor,
Tu enemigo es la velocidad.
Acuérdate de tus niños
Que te dicen con cariño:
«No corras mucho, papá».

—¡*Loh vello* de punta con mi Perlita, *hefe*!

Frank dejaba hacer en silencio a su asistente, aunque, tras cinco repeticiones del *Amigo conductor*, avanzó una tímida protesta:

—¿No hay otra cosa?

—Por supuesto. Estamos llegando al cruce de Utrera y hay que rendir homenaje al más grande entre los grandes.

Bartolo acompañó apasionadamente el cante de Bambino desde el cruce hasta Morón de la Frontera. Frank dio gracias al cielo cuando, tras doblar una curva y remontar una pequeña cuesta, entraron en el pueblo por una avenida ancha y diáfana, flanqueada de árboles y de casas bajas.

—¡Llegamos a Morón! Ciudad alabada en el Quijote por sus perdices, que Cervantes comparaba por su exquisitez con los francolines de Milán, los faisanes de Roma, la ternera de Sorrento o los gansos de Lavajos.

Frank apagó el radiocasete y consultó un papel manuscrito.

—Tenemos que seguir esta avenida hasta la rotonda donde está el monumento al Gallo de Morón y ahí girar a la derecha en dirección a Montellano.

El monumento era visible a lo lejos: una escultura metálica brillante, de varios metros de altura, a medio camino entre un monstruoso gallo en esteroides y un *Tyrannosaurus rex*.

—¡Coño! ¡Qué susto de *bisho*! Las criaturitas de Morón deben de tener pesadillas.

—Gira a la derecha y vamos subiendo por la carretera de Montellano. Me han dicho confidencialmente que entre Morón y Montellano hay una instalación eólica que está cobrando primas de forma fraudulenta.

Al cabo de unos minutos vieron a lo lejos, en lo alto de un cerro, un parque eólico en pleno montaje. Torres en diferentes estadios de instalación recorrían la cresta de una loma visible a medio kilómetro aproximadamente a la izquierda del camino.

—Tenemos que llegar hasta allí.

—¿Cómo vamos a llegar hasta esa loma con esta cafetera, *hefe*? Debe de ser un carril de mala muerte.

—Si llegan los camiones con esos tubos, como mínimo tiene que ser un carril ancho y bien nivelado. Y de cafetera, nada, que hemos venido desde Sevilla divinamente.

El asistente miró la cara sudorosa de su jefe y su propia camisa empapada y se reservó cautamente la opinión. Siguió carretera arriba hasta que encontró la entrada de la amplia vereda que Frank había vaticinado. Un cartel pintado a mano indicaba con una flecha que aquel era el camino hacia el cortijo de Las Cabañuelas.

El coche se adentró por la vereda y un cuarto de hora más tarde llegaron a una inesperada meseta en el lomo de la sierra, donde un pequeño ejército de operarios con mono y casco se afanaba en el montaje de una unidad.

Grúas gigantescas elevaban secciones de las torres y otros componentes de los molinos.

Bartolo detuvo el coche a la entrada del parque, en un aparcamiento improvisado. Descendieron del 1500 y caminaron hacia un grupo que acompañaba desde el suelo la colocación del generador y las aspas en una de las torres.

La operación se prolongó algo más de media hora. Frank y su ayudante permanecieron callados detrás del grupo de técnicos y trabajadores que seguían expectantes los movimientos de la grúa y de sus compañeros que se afanaban en las alturas de la torre.

Una explosión de júbilo rompió el silencio cuando el montaje concluyó con éxito y solo entonces percibieron los operarios la presencia de la extraña pareja. El borsalino y la gabardina tuvieron el mismo efecto que si hubiese aparecido en aquella loma E. T. vestido de corto a lomos de una jaca campera. Frank no se amilanó:

—Buenos días, caballeros. Mi nombre es Stain, Frank Stain; se escribe Stain y se pronuncia «estéin». ¡Y no lleva «en» en medio como en Frankenstein! Es separado: Frank y Stain. Y aquí mi asistente...

—... Andorga, Bartolo Andorga, investigador junior...

Frank pasó por alto la intervención de su ayudante:

—Somos detectives privados y estamos investigando supuestos cobros indebidos de primas en algunos parques eólicos.

El grupo se cerró sobre sí mismo como una formación romana a punto de entrar en combate. Un tipo joven con casco y chaleco reflectante, sin el mono de trabajo que usaba el resto de integrantes del grupo, asumió el papel de portavoz con gesto desabrido:

—¿Qué quieren? Esta instalación tiene los papeles en regla y todas las autorizaciones pertinentes.

—No lo dudo —respondió con calma Frank—. ¿Quién es el dueño?

—No lo sé. Nosotros somos una subcontrata. Nos encargamos del montaje y no sabemos nada más.

—Tampoco lo dudo, pero es curioso entonces que sepa que los papeles están en regla.

La voz del portavoz se endureció:

—Mire, amigo, le voy a dar un buen consejo. Váyase por donde ha venido y no se meta donde no le llaman.

La formación en tortuga empezó a prepararse para el ataque. Bartolo dio un discreto tirón a la gabardina de Frank.

—*Hefe*, vamos a dejar que estos señores sigan trabajando, que les quedan muchos molinos por montar.

El ayudante dio otra sacudida a la manga de Frank, quien, después de unos instantes, reaccionó tocando el ala de su sombrero como Humphrey Bogart en *El halcón maltés*:

—Gracias, caballeros. Que tengan un buen día.

Frank dio media vuelta y se encaminó hacia el coche con su asistente pisándole los talones. Cuando el 1500 tomó de nuevo la carretera en dirección a Morón, Bartolo increpó a su jefe:

—¿Cómo se le ocurre decirles que estamos investigando lo de las primas? ¡Menudo detective privado está usted hecho!

—Elemental, querido Andorga. Quería ver cómo reaccionaban y parece claro que hay gato encerrado, porque se han puesto muy nerviosos.

—¡Y tan nerviosos! ¡Si nos descuidamos, nos dan una manta de palos!

—¡No exageres! ¡Vaya asistente cagón me he buscado!

—¡Sin faltar, *hefe*! ¡Que yo lo que soy es prudente!

—Bueno, hombre. No te sulfures. Retiro lo de cagón. Sin rencores, ¿eh?

Bartolo se hizo de rogar e intentó aprovechar el paso del Pisuerga por la sierra sur sevillana:

—¿Nos vamos entonces de vuelta para Sevilla?

—Acabamos de empezar. Vamos al Registro de la Propiedad de Morón.

Bartolo cabeceó con pesar.

—Veo dolor, *hefe*... Veo *musho* dolor.